





CONGRESO

SESION DEL DIA 6 DE NOVIEMBRE DE 1901.

Debate político.

Discurso del señor Silveira.

El señor Silveira (don Francisco) habla para contestar alusiones que se le han dirigido. Dice que entra a disgusto en el debate, no por ser éste injustificado, sino por ser prematuro. Esta es la razón de que no le hayan provocado los conservadores. Una vez planteado, estima el señor Silveira que pareciera afectación o se interpretaría mal su silencio.

Entre, pues, en el debate—sigue diciendo—y no sólo para contestar aquellas alusiones concretas dirigidas a mí persona y a los actos del partido conservador, cuya responsabilidad directa y exclusivamente me corresponde, sino para fijar también y llamar la atención de todos sobre algunas de las resultantes de ese debate.

Empozaré por responder á las alusiones que se refieren a la cuestión religiosa, á nuestra benevolencia para con el gobierno de S. M., á la cuestión de Marruecos y á la cuestión internacional con ella relacionada, y terminará con el planteamiento de la cuestión política, en lo que se refiere á la organización de los partidos, ante el suceso importante de nuestra vida pública, que representa el nuevo reinado en las condiciones en que él ha de venir.

Quisiera, por lo que es la cuestión con los que se refieren a la cuestión de Marruecos y a las relaciones de la Iglesia al Estado. Respecto de este extremo, desde el instante en que nos hallamos conformes todos los elementos gobernantes, así los que hoy se encuentran ocupando el banco azul como nosotros, como el señor Romero Robledo, en que todas las cuestiones que se relacionan con la vida y existencia de los institutos y asociaciones religiosas deben resolverse á término mediante la concordia del Estado y de la Iglesia, la importancia de la cuestión queda reducida para mí á categoría tan menuda, que apenas sé merecer que nos ocupemos de ella.

Quisiera, por lo que es la cuestión con los que se refieren a la cuestión de Marruecos y a las relaciones de la Iglesia al Estado. Respecto de este extremo, desde el instante en que nos hallamos conformes todos los elementos gobernantes, así los que hoy se encuentran ocupando el banco azul como nosotros, como el señor Romero Robledo, en que todas las cuestiones que se relacionan con la vida y existencia de los institutos y asociaciones religiosas deben resolverse á término mediante la concordia del Estado y de la Iglesia, la importancia de la cuestión queda reducida para mí á categoría tan menuda, que apenas sé merecer que nos ocupemos de ella.

Entre, pues, en el debate—sigue diciendo—y no sólo para contestar aquellas alusiones concretas dirigidas a mí persona y a los actos del partido conservador, cuya responsabilidad directa y exclusivamente me corresponde, sino para fijar también y llamar la atención de todos sobre algunas de las resultantes de ese debate. Empozaré por responder á las alusiones que se refieren a la cuestión religiosa, á nuestra benevolencia para con el gobierno de S. M., á la cuestión de Marruecos y á la cuestión internacional con ella relacionada, y terminará con el planteamiento de la cuestión política, en lo que se refiere á la organización de los partidos, ante el suceso importante de nuestra vida pública, que representa el nuevo reinado en las condiciones en que él ha de venir.

FOLETIN 62 EL DILUVIO NOVELA FOLICLA

ENRIQUE SIENKIEWICZ

—¡Obedecidme á un traidor, y para un noble esto constituye una infamia, de la que deberé purificaros. —Servía al general. —Que á su vez sirve al diablo. ¡Y ved lo que habéis ganado! El estruendo de la batalla interrumpió la conversación. Los gritos de los combatientes, llegaban á oídos de Zagloba y de su sobrino. —¡Ah! Miguel se bate como un bravo,—dijo Zagloba.—Yo quisiera estar á su lado y he aquí que por vuestra culpa no puedo. Zagloba calló y siguió los oídos. Después preguntó á Roh Kovalski mirándole fijamente. —¿A quién deseáis la victoria? —A los nuestros, se entiende. —¿Y por qué no á los nuestros? —Mejor quisiera batirlos. Por último despertó vuestra conciencia. ¿Cómo os estreviséis á entregar á los suecos á uno de nuestros sangre? —Porque esa era la orden. —Ahora os ordenamos servir á vuestro país. Kovalski vaciló un momento y luego respondió: —Obedezco. —Bien está. A la primera ocasión mediréis las costillas de los suecos. —Si no es más que eso, acepto de buen grado,—dijo Kovalski respirando libremente. —Un capitán y siete soldados.

que es posible que España tenga que reclamar al país el importe de una indemnización territorial. Afirma el Sr. Cánovas en este discurso que España no debe acometer aventuras voluntariamente, pero que no es posible que renunciemos á que la frontera de África, que ahora vale poquísimo, sea puesta en verdaderas condiciones que nos permitan por el Sur y nos habrán las puertas del porvenir.

Nosotros no debemos ir á buscar aventuras, pero las aventuras pueden ir á buscarnos á nosotros. Es menester que España adopte una de estas tres soluciones: ó la de estar dispuesta á que en las complicaciones europeas dejemos ocupar nuestros puertos ó la de que primero se presente ante ellas ó que nos preparemos ó organizar una defensa ó que afirmemos que no estamos dispuestos á inteligencia para desafiar el nuestro con la reciprocidad que esas inteligencias suponen. Claro que eso no supone ningún compromiso en este ó en el otro sentido, sino reservarse su libertad de acción, sobre todo en las cuestiones que afectan á las fronteras que nos rodean.

Ha hablado después el Sr. Silveira de la marina, contestando á la alusión que le había dirigido el Sr. Marengo. Este afirmó que el Sr. Silveira había fracasado en el régimen de la armada. «Dura es la palabra—sigue diciendo el orador—y no lo puedo aceptar en toda su extensión; pero como he de reconocer yo discutiendo en la buena fe con que disuto siempre, que no puede realizarse en el ministerio de Marina las esperanzas que había hecho concebir ni las que yo había concebido? Yo no pude traer un presupuesto y un plan de escuadras ni realizar siquiera la construcción de los dos buques que me habíais encomendado. Para la empresa que yo acometí hacia falta mayor tiempo del que dispuse. Hice cuanto pude: desterré abusos, suprimí comisiones, regularicé la amortización que estaba alterada, suprimí centros inútiles y cuerpos innecesarios, que después he visto restablecidos. Deseché todo material que estaba causando un engaño al país. Lo que hice no fué sólo el comienzo de una larga labor, y en ella no encontré dificultad alguna por parte de la marina, á pesar de que iba allí no á otra cosa que á imponer sacrificios.

Abade el señor Silveira que es necesario crear marinas, porque el país no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo.

Abade el señor Silveira que es necesario crear marinas, porque el país no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo.

Abade el señor Silveira que es necesario crear marinas, porque el país no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo.

que los gobiernos de esta carecen de ideas. (El señor Alvarez: No es eso lo que he dicho.) Carece de fundamento la imputación de que no tengamos ideas. Si otros países más adelantados tienen el ideal del engrandecimiento ó de la expansión colonial, nosotros tenemos también un ideal noble; el ideal de la vida, el de la conservación de nuestros derechos y de nuestra posición en el mundo, para que firmes en este propósito no pueda llegar ningún día en que nos hallemos á merced de alguna potencia extranjera. Para eso ideal de nuestra vida es para el que debemos unirnos todos. Claro está que para eso antes no hace falta el sacrificio de los principios, pues basta con que unos ayuden á otros para conseguir un fin que no es su común.

Se pretende hacer un cargo de que el rey llegue á la mayoría de edad á los 17 años, olvidándose sin duda de que este es un precepto constitucional, y lo que menos dudaríamos de presentar es una enmienda. Por lo demás, si alguna deficiencia pudiera haber, no será consecuencia de la edad del rey, sino única y exclusivamente de los ministros responsables. No hay motivo para los pesimismo que algunos han apuntado, pues bien triste fué la situación en que se encontraba España al fallecimiento de don Alfonso XII, y sin embargo, la regencia no justificó los temores que en aquella ocasión surgieron. En estos días desataron todas las pasiones; los partidos extremos creyeron llegado el momento de realizar sus aspiraciones, y sin embargo, la energía de los gobiernos supo contener todo aquel movimiento, citándose como años de prosperidad y de paz precisamente los primeros años de la regencia.

D. Alfonso XIII subirá al trono, y en él será sostenido por la ley, por las Cortes y por el amor de sus súbditos. Ayudemos todos al nuevo monarca, y no habrá por qué mostrar recelos ni desconfianzas para el porvenir. (Muy bien, muy bien.) Voy ahora á ocuparme de otra cuestión de extraordinaria gravedad é importancia: la llamada cuestión internacional, el tema complejo de las alianzas. Problemas es éste el más difícil, dada nuestra situación, y sobre él no he de detenerme más que lo que la prudencia permite, citándose como años de prosperidad y de paz precisamente los primeros años de la regencia.

Abade el señor Silveira que es necesario crear marinas, porque el país no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo.

Abade el señor Silveira que es necesario crear marinas, porque el país no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo.

Abade el señor Silveira que es necesario crear marinas, porque el país no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo. El país que no puede tener una marina que sea sólo un estorbo.

¡Pídale EN DROGUERIAS Y BOTICAS LA CURATIVA, VIGORIZANTE Y RECONSTITUYENTE Emulsión Creosotada de Rabell

—(¿Qué heréde de ellos? —Por mi parte los ahoraría, porque han caído como ladrones sobre gente indefensa. En cambio, Juan quiere perdonarlos. —Yo creo,—dijo Zagloba,—que debemos enterrarlos lo más pronto posible á Birji. Ya me conocéis como soldado, ahora me revelo como diplomático. Soltaremos á los suecos dándoles á entender que somos parciales de Radzivil y que por orden del general debemos dar muerte á todos los suecos que se nos pongan delante. Imaginad el efecto de este ardor. Kyedani está lejos de Birji, y Radzivil no muy cerca de Pon-tar. Antes de que el traidor pueda expliarse, chocará con los invasores, en provecho de la República. —Excelente consejo,—dijo Stankевич. —Me parece bien,—añadió Miguel. —Mañana les pondré en libertad. Ahora estoy fatigado y no quiero molestarme en estas cosas. —¿Un qué lengua hablaremos? ¿Qué opinas de esto, Zagloba?—preguntó Juan. —Kovalski me ha dicho que entre sus dragones hay dos prusianos que hablan el alemán, idioma seguramente conocido por los suecos, los cuales han combatido durante muchos años en Alemania. Nos serviremos de ellos como intérpretes. Kovalski nos pertenece en cuerpo y alma.

—Obedecidme á un traidor, y para un noble esto constituye una infamia, de la que deberé purificaros. —Servía al general. —Que á su vez sirve al diablo. ¡Y ved lo que habéis ganado! El estruendo de la batalla interrumpió la conversación. Los gritos de los combatientes, llegaban á oídos de Zagloba y de su sobrino. —¡Ah! Miguel se bate como un bravo,—dijo Zagloba.—Yo quisiera estar á su lado y he aquí que por vuestra culpa no puedo. Zagloba calló y siguió los oídos. Después preguntó á Roh Kovalski mirándole fijamente. —¿A quién deseáis la victoria? —A los nuestros, se entiende. —¿Y por qué no á los nuestros? —Mejor quisiera batirlos. Por último despertó vuestra conciencia. ¿Cómo os estreviséis á entregar á los suecos á uno de nuestros sangre? —Porque esa era la orden. —Ahora os ordenamos servir á vuestro país. Kovalski vaciló un momento y luego respondió: —Obedezco. —Bien está. A la primera ocasión mediréis las costillas de los suecos. —Si no es más que eso, acepto de buen grado,—dijo Kovalski respirando libremente. —Un capitán y siete soldados.

